

El virrey que dijo que ¡no!

Para triunfar en el mundo es preciso
parecer muy loco o muy inteligente.

MONTESQUIEU

...el que no tiene capa lo mismo el rey
como el papa...

DICHO POPULAR DURANTE EL VIRREINATO

Enfermo, a la vista brumosa del puerto de Cádiz, Don Martín de Mayorga quien fuera virrey de la Nueva España y presidente de la Real Audiencia de Guatemala, repasaba en su mente por instantes lúcida lo que había sido su vida.

Quien la hacía de médico a bordo, secaba preocupado las gruesas gotas de sudor que inundaban la cara de tan ilustre caballero. Cerca del lecho unos religiosos agustinos trataban de encender gruesas veladoras que el vaivén y el aire frío que por momentos se colaba en el camarote impedían hacerlo con el cuidado puesto en ello.

Los ruidos de las amarras, los rechinidos del maderamen del barco, el golpeteo de las olas, los murmullos de los agustinos y los quejidos de Don Martín daban a la escena un dejo de tristeza y melancolía muy aparentes.

El moribundo señor recordaba aquella ocasión en que por vez primera pisaba tierras mexicanas. Era el año de 1779, en el mes de agosto; sí lo tenía muy claro. El paisaje le había dejado una vívida impresión; la rica geografía mexicana era tan sólo un sueño perdido en la neblina de los tiempos... tan nebuloso como la atmósfera con la que lo recibían las costas españolas -gaditanas- de regreso a casa.

Tenía muy presente aquel día y aquella carta. Se encontraba despachando en su carácter de presidente de la Real Audiencia de Guatemala cuando le entregaron el sobre en el que el rey le encargaba el complejo gobierno de la Nueva España. Ello consideró lógico: hacía poco que las noticias de ese virreinato del norte señalaban la muerte del Virrey Bucareli, personaje influyente en la Corte y con una magnífica labor realizada al frente de sus funciones, reconocida por tirios y troyanos. También le habían llegado chismes y rumores de los deseos de los intrigantes Gálvez para quedarse con el poder e impedirle su acceso como primera autoridad. A pesar de su modestia, su carácter y energía triunfaron y, aunque quería renunciar, su patriotismo se lo impedía. La guerra entre Inglaterra y España estaba declarada

aún antes de que él tomara posesión en aquel agosto de 1779. Carlos II había dispuesto que por lo pronto y mientras durase aquel estado de guerra continuara en su puesto. Ni modo, *Casus belli*...

Don Martín recordaba con claridad aquella mañana en que estaba revisando unos viejos legajos que había encontrado en el sótano enmohecido de su oficina y que le habían causado sorpresa, desasosiego y risa:

1550-1552 (11 de noviembre-22 de febrero).-Proceso formado al doctor Pedro de la Torre, natural de Logroño, hijo de Lope de Vergara, por haber afirmado que Dios y naturaleza eran una misma cosa, así como por otras proposiciones irreverentes y blasfemas. Igualmente se le acusó por bigamo, por curar por superstición, por nigromancia y haber jugado a su india Manuela a los naipes. Juez: el bachiller Juan de Velasco; escribano: Bías de Morales.

1560-1561 (23 de septiembre-9 de noviembre).-Proceso seguido en Antequera a Mateo de Monjaraz, por afirmar escandalosamente que el tener trato carnal con indias solteras no es pecado. Los teólogos Fray Andrés de Santa Catarina y Fray Jerónimo de Tejada recomiendan se ponga gran empeño en eliminar de los entendimientos de la gente común esa proposición.

1563.-Proceso contra Cristóbal de Herrera por afirmar que en el infierno hay ánimas sin pena. Durante el proceso se trae a cuenta otro proceso que se le formó el año anterior por vivir amancebado con dos indias y decir que no era pecado engañar a los indios al comprarles o venderles. Efectuase en la villa del Espíritu Santo en Coatzacoalcos, llevado ante el señor Juan Muñoz, vicario de la provincia de Chinantla. Fiscal: Francisco López de Utiel; juez Fray Bernardo de Alburquerque; notario Gutiérrez de Paz. En el primer proceso se le condenó a doscientos pesos de oro de minas, en el segundo a veinte pesos de oro comunes más las costas y salarios.

1563.-Proceso contra Juan de Bilbao, vecino del Puerto de Huatulco, por ordenar a su criada negra quemar un crucifijo viejo. Condenado a pagar diez pesos de oro común y oír una misa descalzo, sin bonete y con una candela, Juez: Cristóbal de Trujillo; notario: Alvaro de Lemus; fiscal: Martín de Alfaro.

La lectura de lo anterior le había producido un arqueamiento de las cejas, una temblorina en las rodillas y fuertes sudores en el cuello y manos. Lo más sorprendente es que una de sus sirvientas se llamaba, curiosamente, Manuela... y él era muy aficionado a las cartas.

Pidió a Manuela le trajera su medicina y, ni pronto ni perezoso apuró con desesperación el contenido de la botella sin reparar en su contenido que no estaba tan mal del todo.

-¡Manuela, Manuela! -gritó. ¿Qué me has dado? Esto no es mi medicina.

- Ay señor, su “eselencia” pos no sé ler.
- ¿Qué no conoces las botellas, mujer?
- Pos todas son del mismo color.
- Me diste el vino de navidades.
- Le va a hacer bien, le va a hacer bien “eselencia”.
- ¡Fuera de aquí, truhana!

Acto seguido el virrey tomó otros amarillentos y desencuadrados papeles que olían a ratón muerto y polilla. Se referían a un antecesor suyo, Don Juan de Leyva y de la Cerda de quien habían conjeturado que le gustaba cargarle la mano a sus gobernados con bastante fuerza en materia de tributos, restricciones, ordenanzas, multas e impuestos para llenar las ¿sus? reales arcas. “El conde de Baños hilaba mil trazas estupendas con sutil habilidad; infinitos ardides eran los que sacaba para substraerle el dinero a la gente de México, que quedaba turulata viendo las gentiles mañas de Su Excelencia para meterle delicadamente las manos en los bolsillos.”

“Ya con cansancio estaba la ciudad de esta inicua explotación que no iba sino a mejorar la hacienda de los virreyes y que a los perdularios de sus hijos, don Pedro y don Luis, les aumentaba la tumultosa alegría de sus jaranas, la delicia loca de las parrandas en que sus vidas levantiscas y pérfidas se recostaban complacidas. Ellos, para sostener el férvido alboroto de sus vicios, negociaban, asquerosamente, con todos los arbitrios del gobierno. Por su ilícita intervención se alcanzaba todo aquello que se quería con tal de que hubiese de por medio buena paga.

Como ya no había dócil paciencia que soportara esto, los señores inquisidores, los oidores, los oficiales reales, el prior del Consulado de Comercio y el presidente del Tribunal de Minería mandaron largas querellas al rey contando muy al por menor los nefastos, procederes de su virrey de Nueva España. Felipe IV las oyó benévolo y despachó en el acto sus provisiones reales al obispo de la Puebla de los Ángeles, don Diego Osorio de Escobar y Llamas, para que sustituyese inmediatamente al explotador y rapaz conde de Baños, o más bien a su esposa, que era la que mandaba y bajo cuyos ojos hermosos pasaban todas las cosas del gobierno, dejándole una tintineante estela de buena plata castiza.

Una mañana recibió el virrey esos despachos. Al leerlos palideció espantado; un calosfrío le puso un intenso sacudimiento en sus carnes; la frente se le roció de helados trasudores, y se quedó un largo rato como amortecido. Con mano temblorosa y engarabitada cogió el pliego y se fue tambaleando a mostrárselo a la virreina, que estaba en su alcoba peinando con un escarpidor de plata su cabellera olorosa, larga y magdalénica. Por la alcoba erraba, sonámbula, el alma leve de un perfume.



Le alargó el virrey el pliego y le dijo con un débil soplo por habla:

-Mira...

Doña Isabel lo leyó impávida, con imperturbable majestad, y sonriendo con una fría sonrisa que apenas le abrió el extremo de la boca, le contestó:

-¡Mira!

Y con lentitud desdeñosa empezó a rasgar en mil pedazos el real pliego. El conde, que le miraba con doloroso ahincó, lanzó un gemido y se le untó en el rostro desencajado una palidez más amarilla y fue más acelerado el temblor de su cuerpo. Con palabra anhelante, y agitando los brazos desolados y vehementes, apenas pudo decir:

-¡Qué has hecho, qué has hecho! ¿Pero qué has hecho, Isabel? ..."

- ¿Le pasaría a él lo mismo? Uno nunca sabe -pensó, para sus adentros el honorable Don Martín. Su formación era otra; además aquello sucedió entre 1660 y 1664'. Los tiempos cambian... Además, no es lo mismo "virrey que se va, que virrey que llega".

-Manuela -volvió a gritar-, ven enseguida mujer.

La enorme india, vestida impecable con ropas española aunque conservando sus tradicionales cintas de colores en las trenzas, llegó asustada.

- ¿Qué se le ofrece, "eselencia"?

- Tráeme otra botella de medicina, de la de navidades, tú sabes...

-Sí "eselencia".

Una vez que volvió Manuela, el virrey continuó hojeando con mucho interés los papeles.

Esta vez profirió una sonora carcajada al adentrarse en tan sugerentes papeles: "En todas las tertulias no se hablaba más que del nuevo gobernante, encareciéndolo. Se decía que era hombre apuesto, derrochador, elegante, amigo de la esplendidez y de las galas; que era muy rendido con las damas, y al oír esto todas aquellas que se creían en el feliz estado de merecer, sonreían con fino encanto tras de los abanicos o se tapaban un suspiro con los leves pañolitos de encaje, poniendo la mirada tierna y distante. Se decía que el duque de Veragua era hombre de a caballo, gustador apasionado de los nobles ejercicios a la jineta, y los señores, para atraérselo a su amistad, pensaban en torneos, en pasos de armas, en quebrar cañas, en cacerías, en alancear toros bravos; los de la Real Audiencia y los del Ayuntamiento, para halagarlo, discutían a qué pueblo le cambiaban su nombre tradicional por el de Colón, o, cuando menos, le agregarían el nombre de su ilustre ascendiente: Colón Tezmeluca, Colón Itzcuintla, Teziutlán de Colón, Colón Acaponeta, Colón Atzcapotzalco, Tapachula de Colón, Colón de Tzintzuntzan...

“Llegó, por fin el día venturoso de la entrada, día esperado por todos con inquieto anhelo. El lujoso señorío de México se precipitó en Otumba o en Guadalupe para encontrar al virrey y, ¡oh, decepción!, se hallaron con un anciano imposible, achacoso, temblequeante, de mirada vaga y habla tartajosa; su rostro, de color de limón, estaba poblado de pellejos y arrugas, y se adivinaba, sin mucho esfuerzo, un cuerpo cadavérico entre las holguras de su traje de seda. ¿Ese era don Pedro Nuño Colón de Veragua y marqués de la Jamaica? ¿Cómo a este anciano decrepito lo mandaban a gobernar la Nueva España? No pudo montar Su Excelencia, no digo en el fogoso y engualdrapado corcel que se le tenía prevenido, pero ni siquiera el pobre hombre pudo subir en un caballo viejo, desengañado y formal, pues a pesar de su andadura sosegada, iba y venía, bamboleante, de borrrén a borrrén, en inminente peligro de caerse y quebrarse en el tumbo no sé cuántos de sus huesos más apollillados y carcomidos. Pidió, desfalleciendo, una silla de manos, llena de cojines y con mantas felpudas; pero como no era esto gallardo, pero como no era esto gallardo, se le metió en un coche y a sus lados se le sentaron, para acuñarlo en el asiento, el grave arzobispo Fray Payo Enríquez de Rivera y el presidente de la Audiencia, don Cosme Alcolea, hombre obeso y rotudo.

El coche caminaba lento, pues si aceleraba un poco entrábanle a Su Excelencia grandes mareos y sudores. Con la barba hundida entre el pecho y con los párpados caídos como pingajos sobre los ojos turbios, así como dormido, hizo su entrada en la ciudad de México el duque de Veragua y marqués de la Jamaica, grande de España y caballero del Toisón de Oro. Con grandísimo esfuerzo, como si alzara un peso enorme, levantaba la mano para agradecer los aplausos, los vivas, que la multitud le echaba con entusiasmo. Una penosa sonrisa, de cuando en cuando, le andaba por los labios exangües. Cuando entró bajo el palio no sólo se apoyaba en un bastón de muletilla, sino que con la otra mano se agarró de una de las doradas varas, caminando con un débil clamor entre la boca seca, árida. El bullicio y el vocerío de la multitud lo desfallecía cada vez más y más; iba ya medio desmayado, sin pulsos y con la lengua trabada. El Te Deum lo oyó casi fuera del mundo; el órgano de la Catedral le metía el sonoro estruendo de su vasta polifonía en las entrañas y se las desgarraba.

“Todo lo veía el duque de Veragua como a través de espesos velos de bruma apenas punteados por las luces de los cirios. No supo ni cómo ni cuándo llegó a Palacio. Estaba desfallecido, con todos los humores descompuestos y con una gran congoja de estómago. Le tuvieron que liar los brazos con cuerdas muy apretadas para devolverle la sangre al corazón, y sobre él, para confortárselo, le pusieron una uña aromática y una piedra bezar y a más le dieron unos granos de ella desatados en agua rosada, y se le confeccionaron alquermes, que echaron, para

mayor eficacia, en paños de grana, aplacándoselos muy calientes en los muslos y en el bazo, y con todas estas cosas se enderezó a medias, sin dejar su quejido. Con la toma de posesión del gobierno casi echó el alma del cuerpo. Se pospuso el besamanos, pues ya no era posible...”

El ataque de risa no le paraba. Claro: tanto y tan tupido susto le habían hecho eclosión al virrey en forma de sonoras carcajadas que amenazaban con estrellar los cristales y mover los candiles, cuyo polvo caía a cada contracción gutural de tan ilustre personaje.

Una vez repuesto el señor de Mayorga, continuó repasando aquellas líneas y pensando, pensando...

Un ujier interrumpió la lectura que le tenía materialmente sorbido el ojo y el seso a Don Martín para anunciarle la visita de un extraño personaje que deseaba una audiencia con él. Como el señor virrey no se encontraba tan ocupado señaló que lo recibiría en unos momentos. Antes instrucción a su secretario para que interrogara al visitante sobre sus pretensiones.

El secretario regresó con la siguiente noticia:

- ¿Qué desea? -preguntó el virrey.
- Verle a usted...
- Desea tratarle un asunto privado.
- Describámelo.
- Blanco, elegante, joven, buen mozo, al parecer francés procedente de las colonias americanas...
- ?
- Algo más: dice ser noble y descender de ¡Carlomagno!
- ¡iiii
- Que pase, que pase...de inmediato...

§ § §

Casi veinte años antes de aquella entrevista, la aristocrática familia Saint-Simon veía con júbilo la llegada al mundo de Claudio Enrique de Rouvroi, otro conde de Saint-Simon, continuador de la leyenda -muy creída por ellos mismos- de ser descendientes directos de Carlomagno.

La sala principal de la mansión de los Saint-Simon ostentaba un óleo con la efigie de Carlomagno sosteniendo el mundo.

Si aquel día del alumbramiento alguien hubiese tenido la curiosidad de observar de cerca la pintura, se podría haber dado cuenta que parecía estar guiñando un ojo y sonreír desacostumbradamente...



...Dice ser noble y descender de Carlomagno.



El primer grito que profirió el pequeño conde era igual seguramente al que lanzó cuando años después un perro aparentemente rabioso lo mordió. Enrique se cauterizó la herida con un carbón encendido y tuvo consigo un revólver para matarse a los primeros síntomas de la rabia.

La primera educación del joven conde la recibió de D'Alambert; no se sabe si a resultas de ella el niño se negó a hacer su primera comunión a los trece años.

De todas formas, era tan rebelde que su padre no tuvo más remedio que enviarlo ¡a la cárcel! En Saint-Lazare.

Algún tiempo después haría una visita trascendente para su vida: compartiría algunos momentos con Juan Jacobo Rousseau.

Subteniente a los 17 años habría de confesar más tarde: “Mi vocación no era de soldado...ejercitarme durante el verano y cortejar durante el invierno era una clase de vida que se me hacía insoportable...”

Pues ni tan insoportable porque al saber de los intentos de insurrección de las colonias americanas contra Inglaterra y siguiendo el ejemplo de muchos nobles franceses, ni tardo ni perezoso se embarca hacia la gran aventura con resultados asombrosos. Participa en cinco campañas otorgándosele la codiciada Orden de Cincinnatus, altísima presea al mérito revolucionario a quienes combatían a favor de la independencia de los Estados Unidos. Combate, ni más ni menos que a las órdenes de Washington.

No por algo el joven conde tenía dadas estrictas órdenes a su lacayo de despertarlo a diario con estas palabras: “Levantaos, señor conde que hoy tenéis que hacer grandes cosas. Y las hacía...y muchas...y bien...”

Entretanto, allá en la sala donde nació, el retrato de su ascendiente Carlomagno, reflexionaría atento, a lo que le estaba ocurriendo al conde, quien debido a su obstinación y desafiando la autoridad paterna, había puesto pies en polvorosa con rumbo desconocido. Después de todo, la obstinación era el signo de Enrique...

Obstinado: Inaccesible a la verdad, tal como se manifiesta en el esplendor y la fuerza de nuestras creencias. El prototipo popular de la obstinación es la mula, animal muy inteligente.

Bierce, *Diccionario del Diablo*

Hecha la anterior reflexión, Carlomagno pareció sonreír de nuevo.

Al finalizar la guerra de independencia se encuentra en Luisiana donde oye hablar por vez primera de un lugar exótico, al sur de las fronteras americanas; un virreinato, Nueva España, que le producía un atractivo especial, quizá alguna pre-

monición, pues años después frecuentaría al igual que el mexicano Fray Servando Teresa de Mier, los elegantes salones parisinos de Madame Recamier y Madame de Staël, esta última con la que intentaría tórrido romance.

¿Qué pasaba en la capital de la Nueva España en esa época?

La vida en la capital de la Nueva España en el siglo XVIII transcurría tranquila; las gallardas familias criollas paseaban su linaje y sedas por las calles de la ciudad. Pordioseros, frailes y soldados daban la nota del colorido a una metrópoli que despertaba, somnolienta y tardía a los progresos de la época. Virreyes iban y virreyes llegaban. El chisme palaciego, la intriga militar y un pueblo muy mezclado y contrastante completaban el aspecto pintoresco que dejaba algunas huellas, quizá perennes para su historia misma.

A veces se escuchaba un murmullo:

Mirad aquestas frutas naturales
el plátano, mamey, guayaba, anona
si el gusto a las de España son iguales

Pues un chico zapote a la persona
al Rey se puede ser empresentado
por el fruto mejor que cría Pomona

o un verso que decía:

Enfermo de amor me muero
en éste funesto valle
desde que tú, dulce sueño
el corazón me flechaste.

Me lo has herido y yo siento
la saeta que me hace
que tu dulce amor me queme
que tu suave ardor me abrase

Las caras patibularias del Santo Oficio danzaban parsimoniosas por las viejas calles, pegadas a gruesos cuerpos, cubiertos de seda y paños.

La voz de los heraldos sonaba hueca, exigiendo declaraciones, buscando los nexos, cercenando coartadas; la gente asustada, se santiguaba frente aquellos ejecutores de las más altas leyes.

“Se lee impunemente cualquier obra contra la autoridad pontifica”, decía uno.

“Se están metiendo libros de Voltaire y Le Metrie y otros inicuos en este reino”, afirmaba otro.

Uno más, señalaba azorado: “la tropa, viciada en sus costumbres está muy infectada de sentimientos impíos y de semilla herética”.

“La multitud de extranjeros -advertía un cuarto- que con varios motivos se ha establecido en estos reinos, hace temer un estrago si no se provee de remedio con la prontitud al peligro, y la falta de ministros nos constituye en un estado de no poder llenar con desempeño la obligación de nuestro oficio”.

“Lo peor -finalizaba un angustiado-, el carácter eclesiástico es objeto de maleficencia y nuestros arcanos son sacados del secreto y, desnudos, expuestos a los ojos de los profanos...”

Eso era lo que había escuchado de aquel extraño lugar, asiento de viejas culturas indígenas y crisol acelerado de las europeas. Alguien también le había dicho que quien gobernaba ese lugar era un virrey llamado Don Martín de Mayorga... Al conde le seducía mucho la idea de viajar allá. ¿Iría?

Todo ello lo tenía altamente impresionado. Le gustaba ver en todo la unión, la unidad, la cooperación. La idea del agua, la idea de la comunicación marítima al través de canales le perseguiría inmisericorde haciendo explosión fáctica en sus discípulos. El por lo pronto propone al rey de España la construcción de un canal que comunique Madrid con el más... empresa que tampoco se lleva a cabo.

Pasa el tiempo. El conde regresa a Francia y para sorpresa de todos declara ante el consejo general del municipio.

Claude-Henri de Saint-Simon declara que quiere purificar con un bautismo republicano la mancha de su pecado original: solicita abrogar su nombre, ya que le recuerda una desigualdad que la razón proscribió mucho antes de que lo hiciera con justicia la constitución...

Rebautizado como Claude-Henri Bonhomme emprende una serie de empresas dignas de un titán que van a abarcar una serie de escritos y hechos que lo van a trascender aún más de lo que él mismo hubiera pensado.

“...Tenía una hendidura, una falla en el cerebro; estaba loco. Tenía una estrella en el pensamiento...”

¿Le quedaría esta frase de Jaloux?

Encarcelado, asediado, homenajado, fustigado, etc., por la Revolución, su personalidad sugerente, sin embargo, se sobrepone a los vericuetos de la política. En el período más cruel de la Revolución -escribe el conde- durante una noche de encarcelamiento en el Luxemburgo, se me apareció Carlomagno y me dijo: “Desde el principio del mundo no ha habido una familia que haya disfrutado del honor de producir un gran filósofo, además de un héroe. Semejante honor estaba reservado a mi casa. Hijo mío, tus éxitos de filósofo serán tan grandes como los alcanzados por mí como guerrero y político”. ¿El motivo de su encarcelamiento? Tratar de vender el plomo del tejado en la Catedral de Notre-Dame. Meses después, lo liberan.

Su obsesión de servir a la humanidad le había hecho escribir una vez a su padre “Deseo realizar una obra útil a la humanidad”. En otra ocasión señalaría: “Príncipe, escuchad la voz de Dios que habla por mi boca. Creo haber hallado un concepto del mundo mejor que el de Bacon, de Newton y de Locke...”

El conde empero, sentíase solo. La soledad de los grandes hombres es de las más frías; deseaba una compañera. Y buscó a la más inteligente, brillante y rica de la época, la famosa Madame de Staël a quien se declaró en estos términos:

“Madame: vos sois la mujer más inteligente de Europa; yo soy el hombre más extraordinario; ¿queréis que seamos padres de un niño?”

Madame no le hace caso. El pobre conde ignoraba las ideas de la dama, quien se inmortalizaría entre otras cosas al decir:

“Yo me alegro de no haber sido hombre, porque entonces hubiera tenido que casarme con una mujer...”

Pero la curiosidad del matrimonio seguía al conde como su propia sombra.

Su sabio antecesor Carlomagno seguramente le habría advertido, con George Hebert: No aconsejes a nadie que se case ni vaya a la guerra...

Pero el conde era un obstinado también en la que se refiere a la toma de estado. Escandaliza a la sociedad de su tiempo, -otro escándalo más- proponiendo “matrimonio limitado” por tres años a una insípida literato llamada Saphie Gaury de Grandchamp.

Instaladas en la calle Vivienne viven en infernal unión bendecida por gritos, manotazos y sinsabores que acaban con la paciencia del sabio conde quien, cuando, se le preguntaba sobre el matrimonio, simplemente contestaba con socarrona sonrisa:



“Utilicé el matrimonio para estudiar a las científicas...”

¿Tendría razón William Cangreve cuando, decía que todo hombre hace el tonto alguna vez en su vida, pero casarse es hacer el tonto para toda la vida? ¿O Bierce al señalar que la mujer sería más encantadora si fuera posible caer en sus brazos sin caer en sus manos?

Pero Saint-Simon empieza a hacerse famoso; costureras y obreras le cantan al nuevo salvador del mundo:

“He visto a Saint-Simon, el profeta / Primero rico, después con deudas / que, desde la base hasta la cima / Rehacía la saciedad / Rico por su obra iniciada / Viejo, para ella, tendía la mano / Seguro de que abrazaba las ideas / que debían salvar al género humano.”

Para redondear sus escándalos es acusado de incitación al asesinato. Su falta consistió, al decir de sus enemigos, de complicidad moral en la muerte del Duque de Berry y de falta de respeto a la familia real. En la audiencia se defiende el conde diciendo que nunca ha faltado el respeto a la familia real (en ese momento hizo una caravana hasta el suelo), sino “a todo, el sistema político actual; si he cometido algún delito, -agrega- será el de haber probado que la administración pública está más atrasada que las inteligencias y haber indicado en qué dirección debería avanzarse para establecer un orden social mejor...”

Podemos observar en la República de los Perros —dice Jonathan Swift— que todo el Estado disfruta de la paz más absoluta después de una comida abundante y que surgen entre ellos contiendas civiles tan pronto como un hueso grande viene a caer en poder de algún perro principal, el cual la reparte con unos pocos, estableciendo una tiranía...

Perra vida.

Y, ¿acerca de la amistad con sus amigos y discípulos?

Amistad:

“...Barco lo bastante grande como para llevar a dos con buen tiempo; pero a uno solo en caso de tormenta...Bierce.

Primer acto:

Augusto Comte, secretario y discípulo de Saint-Simon escribe sobre su maestro:

Mi espíritu ha avanzado más en los seis meses que dura nuestra relación (con Saint-Simon) que en tres años si hubiera estado solo. Es un ser original en todos sus aspectos. Le he consagrado una amistad eterna; y él a su vez me quiere como a un hijo...

Segundo acto:

El mismo Comte escribe, tiempo después:

“Deploro mi funesta relación de mi primera juventud con un farsante corrompido...”

Tercer acto:

Carlos Marx, el 12 de junio de 1817 le escribe a su amigo Carlos Beslay:

“Adopto una posición totalmente hostil hacia’ Comte. Como hombre de ciencia me merece una muy pobre opinión...”

Cuarto acto:

Proudhon dice en una carta de Comte:

“...La lectura de este animal de Augusto Comte, el más pedante de los sabios, el más débil de los filósofos, el más vulgar de los pensadores, el más insoportable de los escritores, me subleva...”

Telón:

Enrique Couhier, refiriéndose a Saint-Simon:

“...Saint-Simon no es un sabio en busca de verdad, sino un artista en busca de belleza.”

León Brushevich:

“...Saint-Simon es un hombre de genio y no es más que esto...”

Proudhon, Marx y Engels, constantemente citan y elogian a Saint-Simon. Los dos primeros además, catalizan su repulsa a Comte.

Era pues nuestro conde un hombre de controversia. Controversia: batalla en que la saliva o la tinta reemplazan al insultante cañonazo o a la desconsiderada bayoneta. Bierce.

A los treinta y cinco años se lo describen a Michelet:

“Era un hombre atractivo, muy alegre, rostro franco y sonriente, con unos ojos admirables y una sonrisa quijotesca...”

¿El programa de su vida?

- 1o. Llevar, mientras se tiene vigor, una vida lo más original y activa posible.
- 2o. Enterarse cuidadosamente de todas las teorías y de todas las prácticas.
- 3o. Recorrer todas las clases sociales, colocarse personalmente en las posiciones sociales más diferentes, llegando incluso a crear relaciones que no habían existido.
- 4o. Finalmente, emplear la vejez en resumir las observaciones sobre los efectos que hayan resultado de sus acciones, en cuanto a él y a los demás, y establecer los principios sobre la base de estos resúmenes.



Y estas ideas las llevaba el conde a todos los rincones de París o Ginebra o Alemania. Eran famosos sus paseos con personajes por las calles y avenidas. Su asistencia a fiestas y saraos. Sus discusiones con políticos y artistas. Su locuacidad y enorme don de conversación que no lo hacían salir de los famosos salones de la Recamier y su amor imposible, la terrible Madame de Staël. Nada extraño sería en aquellos tiempos sorprender en animada charla a Saint-Simon, Fray Servando Teresa de Mier y Alamán quizá añorando la lejana Nueva España.

”En aquel ambiente refinado en el que había entre la delicada vaguedad de los perfumes, continuos fru-frúes de sedas, muelles, aleteos de abanicos, relumbres de joyas, vaporosos encajes, en consonancia todo ello con ademanes medidos y garbosos, nobles actitudes, rendidas caravanas de corte; en este ambiente de clarísima elegancia y de talento, en el que iban y venían frases repulidas y exquisitas y volaban con noble gracia mil galanterías llenas de donosuras y por dondequiera vivamente el ingenio, no se sentiría nada cohibido el fraile imaginativo e impetuoso, pues siempre dio mues-tras de desparpajo en el que estaba su ruda franqueza nortea.

“Sin amilanarse ante nada ni nadie, diría ahí Fray Servando lo que pensaba y esto muy a la pata llana, pulidas finuras retóricas, ni cortesánías, porque era atrozmente sincero en la emisión de sus opiniones, desconsiderado, a veces groserote. Accionaba mucho al hablar; con los brazos representaba lo que con la boca decía. Quedaríanse, de seguro, admirados los elegantes y refinados tertulios de ambas señoras, escuchando sus pláticas desenfadadas, fértiles y coloridas, porque era hombre de imaginación pronta, de fluente palabra, de salidas ágiles y oportunas. Era un conversador magnético que atraía la atención de todos. Diría esas cosas enormes que a veces causaban grandes e irrestantes risas, de esas que se dicen ‘homéricas’, y en otras ocasiones admiración por su talento tan vivaz, por su deformadora imaginación.

“Tanto la Recamier como la Staël lo recibieron siempre con agrado ceremonioso y todos los esclarecidos concurrentes a esos salones admiraron su verba iluminada con claras luces de inteligencia”.

¿Y de filosofía y política? Bueno, hombre, mucho. Nuestro conde deseaba implantar una moral positiva en vez de la existencia del dogma religioso. Empresa difícil, casi imposible. El propone una nueva organización de la colectividad:

El poder espiritual, en manos de los sabios.

El poder temporal en manos de los propietarios.

El poder de designar a los llamados a cumplir los deberes de los grandes dirigentes de la humanidad, en manos de todos.



... Tanto la Recamier como la Stael lo recibieron.



Y... mucho ojo: en la nueva estructuración las mujeres disfrutarían de los mismos derechos que los hombres...

-En la Edad Media -abunda el conde-; dominaron los guerreros y los sacerdotes; unos y otros fueron suplantados por los banqueros y legistas, quienes sin embargo no aportaron ninguna nueva organización, sino que en su egoísmo se limitaron a gritar a los antiguos señores: quítate tú de ahí para que me ponga yo; el poder debería pues quedar en manos de los industriales integrados por sabios, empresarios y obreros, todos bajo el manto de una nueva fe, que superando los dogmas medievales y el protestantismo, realizarían en el mundo la fraternidad.

El desenfreno de su vida continuaba en forma reiterativa y permanente. Dos o tres años antes de morir, ayuno de amigos y recursos económicos, escribe con desesperada pasión una serie interminable de críticas, folletos, observaciones, etc., a los mecenas de su tiempo, acompañados de esta patética nota:

“Señor”:

Sed el salvador mío, porque me muero de hambre...

Quince días llevo ya a pan y agua..., después de vender todas mis ropas a fin de imprimir mi obra con su importe. Si he llegado a situación tan calamitosa, ha sido debido a mi ardiente pasión por el saber y en favor del público bienestar, a mi anhelo de descubrir medios pacíficos para salir de esta crisis espantosa por la que atraviesa toda la sociedad europea...

§ § §



...quince días llevo ya a pan y agua

En sus últimos días, altivo, orgulloso, con esa elegancia que le caracterizaba, recordaba mil y un pasajes de su vida. Su intento de suicidio, su pasión por la Staël, su medalla Cincinnatus, sus encarcelamientos... su viaje a la Nueva España. Esto último lo tenía tan presente. Era sólo un joven cuando procedente de Luisiana llegaría a aquel exótico lugar, a aquella extraña corte presidida por Don Martín de Mayorga tan serio, tan fino, tan nervioso.

Aún recordaba nuestro conde cuando le propuso al virrey algo insólito: la construcción de un canal que uniera al Océano Atlántico con el Pacífico precisamente en tierras mexicanas, en el Istmo de Tehuantepec.

Aún recordaba también, cuando el virrey, con toda elegancia, con toda finura le contestó con un rotundo no, enfatizando con un movimiento de cabeza enérgico, suavemente enérgico...

-¡Recordad que aquel que aspira a hacer grandes cosas tiene que ser vehemente! -había dicho Saint-Simon a sus discípulos-. Fernando de Lesseps fue de los pocos que le hicieron caso...

Mientras los discípulos de Saint-Simon posteriormente a su muerte van cantando rumbo a la cárcel su marcha:

“los burgueses alaban nuestro espíritu
el pueblo amará nuestros corazones
los burgueses leían nuestros diarios
el pueblo repite nuestros cantos.....

casi al atracar, en un barco procedente de la Nueva España, un grumete enviaba señales de auxilio al puerto de Cádiz; un importante personaje a bordo acababa de fallecer...

